

RACISMO Y POBREZA

Javier García Aranda - enero 2020

A lo largo de la historia ha habido una continua pugna entre quienes pretenden explicar lo que ocurre en el mundo mediante el empleo de la razón y quienes se atienen a creencias, supersticiones o prejuicios. Un asunto que ha sido objeto de un dilatado debate es la supuesta superioridad de unas **razas** humanas sobre otras. En esta controversia han tomado parte tanto personas que se atienen a la ciencia y a los datos empíricos como quienes se sitúan en el terreno de la mera especulación.

Obviamente, para discutir si una raza es superior a otra, la primera condición es la existencia de diferentes **razas** en la especie humana. Pues bien, desde hace unos años puede afirmarse categóricamente que en la especie humana no existen las **razas** (entendidas como grupos étnicos cuyas especificidades tienen una base biológica *real* y no solo diferencias en la apariencia externa: color de la piel, rasgos faciales...). Esta es la conclusión a la que llegó en 2003 el **Proyecto Genoma Humano** (un **genoma** es una colección completa de ácido desoxirribonucleico **ADN** que contiene las instrucciones genéticas necesarias para desarrollar y dirigir las actividades de un organismo).

Explicado de forma extremadamente simple: se ha comprobado que las personas a las que, por sus características externas, se atribuía la pertenencia a una misma **raza** tienen diferencias entre sus respectivos **ADN**; y esas diferencias son mayores que las que, en promedio, existen entre personas que pertenecen a una de las **razas tradicionales** y a otra diferente. Es decir, las diferencias genéticas que, por ejemplo, tienen entre sí las personas de *raza blanca* son mayores que las que, en conjunto, tienen respecto a las personas de *raza negra*. Por tanto, ha quedado científicamente demostrado que dichas diferencias no tienen base genética, sino exclusivamente cultural o ambiental.

Sin embargo, hay quienes, en contra de las evidencias, se empeñan en seguir manteniendo la existencia de **razas superiores e inferiores**. El motivo es que el asunto de las *supuestas razas* no solo ha servido para generar discusiones más o menos científicas, sino que, sobre todo, ha sido un elemento clave del argumentario destinado a justificar la desigualdad y la injusticia, para favorecer a unos grupos étnicos con respecto a otros.

Una vez aclarado que no existen **razas**, es evidente que quienes siguen manteniendo ideas racistas (la **RAE** define como **racismo** la *exacerbación del sentido racial de un grupo étnico que suele motivar la discriminación o persecución de otro u otros con los que convive*) o son ignorantes o, lo que es peor, prefieren mantenerse en su error y cerrar los ojos a la ciencia y la razón: la misma postura cerril que quienes no aceptan la existencia de la evolución y predicán una interpretación literal de la **Biblia**, o quienes siguen diciendo que la **Tierra** es plana.

Sin embargo, aunque hay recalcitrantes que siguen manifestando públicamente la estrechez mental de su discriminación racista hacia personas de cualquier condición por el mero hecho de pertenecer a una *supuesta raza* que consideran inferior, cada vez prolifera más el racismo que se identifica con la **aporofobia** (según la **RAE**, *fobia a las personas pobres o desfavorecidas*). Un ejemplo significativo y evidente es el de quienes admiran y jalean a jugadores del equipo de fútbol de sus amores, al tiempo que llaman despreciativamente *negratas*, *sudacas* o insultan a personas del mismo origen y color de piel que sus ídolos, pero que tienen el infortunio de ser pobres.

Me temo que no va a ser fácil que la ciencia encuentre un remedio eficaz para acabar con esta nueva clase de **daltonismo** (definido por la **RAE** como *defecto de la vista que consiste en no percibir determinados colores o en confundir algunos de los que se perciben*) que padecen quienes, al parecer, ven de forma diferente los rasgos o el color de piel de las personas según el saldo de sus cuentas corrientes.